

DE LA GUERRA SUCIA A LA GUERRA PSICOLÓGICA: EL CASO DE EL SALVADOR*

Ignacio Martín-Baró

Guerra y democracia en El Salvador

Para entender los problemas psicosociales de los refugiados es esencial lograr una comprensión de las circunstancias desencadenantes de su huida (ver Kunz, 1981; Stein, 1981). No es lo mismo el político exiliado tras el derrocamiento de un gobierno que el profesional que sale de su país a la búsqueda de un espacio vital; ni es lo mismo quien huye hastiado de la violencia bélica que quien tiene que escapar para salvar su vida, taloneado por los escuadrones de la muerte.

Según la imagen oficial, fundamentalmente aceptada por los

grandes medios de comunicación masiva internacionales, El Salvador habría entrado desde 1984 en un proceso de democratización, proceso iniciado por unas elecciones presidenciales bastante libres y caracterizado por una apertura de espacios políticos y una notoria mejora en el respeto a los derechos humanos de la población. El Salvador habría dejado así de ser "la oveja negra" del mundo occidental, para convertirse en ejemplo de un pequeño país que, con la ayuda de los Estados Unidos, estaría luchando por salir del subdesarrollo y por combatir democráticamente las ambiciones del comunismo internacional, que pretendería hacer de él una simple base para

* Tomado de Aron, Adrienne (Ed.). *Fuga, Exilio y Retorno. La salud mental y el refugiado*. San Francisco, California: Committee for Health Rights in Central America (CHERICA), 1988, págs. 3-22.

sus pretensiones hegemónicas.

Desgraciadamente, la imagen oficial es una imagen distorsionada de la realidad, periódicamente cuestionada por los acontecimientos internos. Sin ir más lejos, durante los meses de mayo y junio de 1987, una serie de hechos ha llevado al temor de una reaparición de los escuadrones de la muerte y de una reproducción de las peores formas de terrorismo estatal vividas durante 1981-1982. Entre esos acontecimientos está el secuestro, tortura y decapitamiento de un líder sindical campesino, el secuestro y desaparición de otros tres líderes sindicales, el apresamiento y degüello de tres campesinos, que lograron escapar con vida, todo ello por hombres identificados como miembros de la Fuerza Armada; el dinamitamiento del local de un comité de madres de presos y desaparecidos políticos, y una nueva lista negra hecha pública por el Ejército Secreto Anticomunista (como muestra, ver una narración sobre campesinos degollados en Chalatenango, 1987). Estos hechos han obligado al gobierno y a la Fuerza Armada a desmentir inmediatamente su responsabilidad al respecto y a renovar su compromiso público con la democracia y el respeto a los derechos humanos.

El temor por la reaparición del terrorismo de estado es, cuan-

do menos, ingenuo; porque, si no en su forma, sí en sus objetivos, la guerra sucia en ningún momento ha dejado de ser un ingrediente esencial para el proyecto sociopolítico que Estados Unidos está tratando de realizar en El Salvador. Más allá de interpretaciones ideológicas, de uno u otro signo, los datos no dejan ninguna duda al respecto; y los datos muestran que, en 1986, se produjeron en El Salvador no menos de 122 asesinatos atribuidos a los escuadrones de la muerte, es decir, diez asesinatos por mes, sin contar otras matanzas y violaciones a los derechos humanos más fundamentales atribuibles a las fuerzas gubernamentales (ver IDHUCA, 1987).

Y es que el proyecto norteamericano tiene como su meta esencial la eliminación del movimiento revolucionario y sólo secundaria o derivadamente la instauración de la democracia en el país. Por ello, en un primer momento se trató de lograr la aniquilación de los grupos insurgentes en forma rápida y brutal, combinando el accionar militar con una campaña de represión masiva de la población civil. Pero, tras el fracaso de esa campaña, el proyecto ha entrado en una nueva fase que pretende lograr el mismo objetivo bajo formas democráticas que justifiquen al proyecto mismo. Ello produce una permanente contradicción entre las necesidades militares y

las exigencias políticas, entre el objetivo de eliminar toda oposición y protesta significativas, y la necesidad de ofrecer o aparentar respeto al libre juego político. Así, el proyecto norteamericano para El Salvador se ha visto obligado a buscar una forma de guerra sucia que le permitiera alcanzar sus fines, eludiendo costos políticos. Y la respuesta se cree haber encontrado en la guerra psicológica.

Nuestra tesis es que la guerra psicológica que actualmente desarrolla la Fuerza Armada en El Salvador es la heredera de la guerra sucia que se realizó entre 1980 y 1983, ya que esta modalidad de guerra paralela permite lograr los mismos objetivos y produce similares consecuencias psicosociales en la población, pero logra salvaguardar la imagen de democracia formal, tan necesaria a Estados Unidos para conservar el apoyo de la opinión pública y aun de otros gobiernos democráticos hacia su política en el área. No se pretende decir que la guerra sucia y guerra psicológica sean idénticas, sino que la guerra psicológica es la nueva modalidad de la guerra sucia en la actual etapa del conflicto salvadoreño.

La guerra paralela

Examinaremos nuestra tesis contrastando tres aspectos esenciales de la guerra sucia y de la

guerra psicológica: sus objetivos, sus medios y las consecuencias psicosociales que producen.

Objetivos

La guerra sucia no se dirige sólo ni quizá primordialmente a aquellos que de una forma abierta se levantan en armas contra un régimen establecido; la guerra sucia va orientada contra todos aquellos sectores e individuos que constituyen la base de apoyo, material o intelectual, real o potencial, de los insurgentes. Pero como no existe una justificación, ni política ni legal, para dirigir a todo un ejército o a las fuerzas de seguridad de un país contra la población civil, la tarea se encomienda a grupos clandestinos, los famosos "escuadrones de la muerte". De esta manera, se puede realizar un programa de eliminación sistemática de enemigos, reales y potenciales, sin manchar públicamente la imagen de las fuerzas que lo realizan.

Esto es lo que ocurrió en El Salvador entre 1980 y 1983: grupos de "hombres armados vestidos de civil" secuestraron, torturaron, asesinaron e hicieron desaparecer a miles de salvadoreños sospechosos de colaborar con el movimiento revolucionario o de simpatizar con su causa. Cálculos conservadores elevan a no menos de 27,000 las víctimas de esta guerra sucia entre 1980 y 1983, es decir, uno de cada dos-

cientos salvadoreños (ver CUDI, 1980-1983). La impunidad con que operaban estos grupos fue siempre total, lo que no hubiera sido posible sin la connivencia, apoyo y patrocinio de los poderes militar y político del país.

La guerra sucia logró tres importantes objetivos (a) desarticular las organizaciones de masa populares: la existencia misma de organizaciones que no fueran simpatizantes del gobierno se volvió imposible y aquellos militantes que no fueron eliminados tuvieron que irse a la montaña o a la clandestinidad, o abandonaron la lucha, agarrotados por el terror; (b) eliminar a muchas de las figuras de oposición más significativas: por ejemplo, la dirigencia del Frente Democrático Revolucionario (organismo político que agrupa a las principales organizaciones opositoras), el Rector de la Universidad de San Salvador, Dr. Félix Ulloa, y el Arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero; y (c) debilitar las bases de apoyo del movimiento revolucionario en todos los sectores de la población: profesionales, estudiantes, trabajadores, campesinos. En este sentido, no cabe duda de que la guerra sucia tuvo éxito; un éxito macabro, ciertamente, pero éxito al fin y al cabo.

Sin embargo, la guerra sucia arrastraba también graves costos: a pesar del anonimato con

que se realizaba el trabajo de los escuadrones, resultaba difícil convencer a la opinión pública mundial que eso podía ocurrir sin la connivencia de las fuerzas oficiales. Constituía entonces una ardua tarea justificar el apoyo casi incondicional que ofrecía los Estados Unidos a un régimen que se hacía acreedor a la condena por su violación sistemática a los más fundamentales derechos humanos, y más aún lograr para él nuevos apoyos internacionales. A la hora de defender al régimen salvadoreño en los foros internacionales, el gobierno de Ronald Reagan se quedaba prácticamente sólo, quizá con la compañía de regímenes como el de Pinochet o el de Stroessner.

Por ello, desde 1984, y ante los inesperados éxitos militares de los insurgentes que amenazaban incluso con desarbolar al ejército nacional, se plantea la necesidad de una nueva fase para la guerra salvadoreña: era preciso seguir adelante con el proyecto de eliminar al movimiento revolucionario, lo que exigía una intensificación del accionar contrainsurgente, en particular de la guerra aérea, pero había que eludir los costos políticos de la represión masiva que obstaculizaban el desarrollo de la misma guerra militar. Se volvía necesario por tanto iniciar un proceso legitimador de la guerra, y nada más seductivo en el mundo occidental que la democracia

formal. Se propuso, entonces, un proceso de democratización que avanzase a la par del proceso de pacificación, de tal manera que las conquistas militares se transformaran en victorias políticas y el quehacer político sellara la victoria popular. La figura de Napoleón Duarte jugaría un papel crucial en esta nueva fase, tanto por su imagen de hombre democrático como por sus conexiones con la Internacional Demócrata Cristiana, tan influyente en los países europeos y en los países latinoamericanos.

Si se hubiera buscado realmente la instauración de una democracia y se hubiera ido a las causas estructurales del conflicto, quizás el nuevo plan hubiera tenido éxito; pero ello hubiera supuesto una subordinación de la guerra a la democracia, y no a la inversa y, por tanto, hubiera supuesto hacer de la guerra un instrumento político y no de la política un instrumento más de guerra. Esta visión desbordaba completamente el diagnóstico del gobierno norteamericano, convencido de que en El Salvador tenía que lidiar su particular guerra con el expansionismo soviético y, por tanto, de que el peligro a la paz y a la democracia provenía de la "agresión comunista" y no de unas contradicciones internas de miseria opresiva y de injusticia estructural. Así, impulsada por la obsesión anticomunista de la Administra-

ción Reagan, la nueva fase de la guerra salvadoreña ha tratado de aplicar la doctrina de los "conflictos de baja intensidad" (ver Barry, 1986; Castro y Vergara, 1987), produciendo una democracia formalista totalmente supeeditada a los planes bélicos, es decir, a servir de cobertura política a la continuación de la guerra militar contra los movimientos revolucionarios.

Según Barry (1986, págs. 23-25), la guerra de baja intensidad se plantea en tres frentes: el campo de batalla mismo (utilizando tácticas similares a las de la guerrilla y tratando de involucrar en la lucha a todas las instancias sociales), las instituciones estadounidenses (como el Congreso), y la opinión pública, nacional e internacional. Ahora bien, en ninguno de estos tres frentes se atiende adecuadamente las causas profundas de la guerra salvadoreña y, por tanto, las raíces del descontento y la rebeldía. De ahí que la nueva fase haya requerido, como la anterior, una política de eliminación sistemática de las bases de apoyo al movimiento insurgente. Eso sí, la eliminación debía adoptar nuevas formas, que respetaran el marco establecido por la guerra de baja intensidad y, para el caso concreto de El Salvador, las exigencias formales de la democracia. Surge así la necesidad de la guerra psicológica, es decir, de aquellos pro-

gramas que buscan la anulación de los enemigos, no mediante su eliminación física, sino también mediante su conquista psíquica. Se trata de aniquilar al enemigo como tal, ganando "su mente y su corazón". De esta manera ya no será necesario ocultar en el anonimato a los autores de esta guerra paralela sino que incluso podrá ensalzárseles como patriotas y héroes nacionales.

La guerra psicológica desarrollada en El Salvador pretende, por tanto, ser la forma democratizada de lograr los mismos fines que la guerra sucia. Pero, ¿se trata realmente de una forma democrática de hacer la guerra?

Medios

Ante todo, hay que subrayar que la guerra psicológica es, al fin y al cabo, una manera de hacer la guerra. Como la guerra sucia y, en definitiva, como toda guerra, busca la victoria sobre el enemigo por medio de la violencia. Hablar de "guerra democrática" no deja de ser un contrasentido. Según los unos, la guerra psicológica persigue conquistar mentes y corazones de la población, de tal manera que descarte cualquier otra alternativa política (ver Aguilera, 1986); según los otros, la guerra psicológica no pretende más que "corromper la conciencia social del adversario" (Volkogonov, 1986; pág. 39). Pero, en el mejor de los

casos, la guerra psicológica no se propone lograr la adhesión política de la población como un objetivo en sí mismo, que sea la consecuencia de haber respondido a sus necesidades personales y sociales, sino como un medio para impedir que apoye al enemigo. En otras palabras, lo que se busca es el apoyo de la población, no satisfacer sus demandas, pero ganar su mente y corazón, aún cuando su situación y sus condiciones no cambien y sus necesidades queden realmente insatisfechas. Aquello que la guerra bélica y la guerra sucia buscan mediante la eliminación física, la guerra psicológica lo busca mediante la descalificación o inutilización mental. Como en el caso de la tortura, los métodos psíquicos sustituyen a los físicos, pero en ambos casos se trata de quebrar a la persona, de acabar con su autonomía y su capacidad de oposición, no de dar campo a su libertad y a sus opciones.

Es importante aclarar que la guerra psicológica no se reduce al ámbito de la opinión pública, como pudiera creerse, o que sus métodos se circunscriben a campañas propagandísticas; la guerra psicológica pretende influir en la persona entera, no sólo en sus creencias y puntos de vista, y se vale de otros medios además de las campañas propagandísticas.

Desde el punto de vista psi-

cosocial, el recurso principal del que echan mano tanto la guerra sucia como la guerra psicológica para eliminar el apoyo al enemigo bélico es el sentimiento de inseguridad, un sentimiento que nada tiene de objetivo, sino que corresponde fielmente a un ambiente social objetivo creado intencionalmente por los detentadores del poder (ver Lira, Weinstein y Salamovich, 1985-1986).

Para crear ese ambiente de inseguridad, la guerra sucia se sirve de la *represión aterrorizante*, es decir, de la ejecución visible de actos crueles que desencadenan en la población un miedo masivo e incontenible. Así, mientras la represión misma produce la eliminación física de las personas que constituyen el blanco directo de sus acciones, su carácter aterrorizante tiende a paralizar a todos aquéllos que, de una u otra manera, puedan sentirse identificados con algún aspecto de la víctima; de ahí la necesidad que tiene el terrorismo de estado y, en concreto, la guerra sucia, de que la población se entere de los hechos, aunque la publicidad como tal resulte contraproducente.

También la guerra psicológica busca crear un clima de inseguridad para lograr sus fines. Pero, en lugar de utilizar la represión aterrorizante, emplea lo que podríamos llamar la *represión ma-*

nipuladora. Ya no se trata de paralizar completamente a la población civil, pero sí de inhibir su rebeldía potencial o de impedir al menos su apoyo efectivo al enemigo. Es necesario, por tanto, que las gentes conserven su dosis de miedo, y ello se logra mediante una sistemática e imprevisible dosificación de amenazas y estímulos, de premios y castigos, de actos de amedrentamiento y muestras de apoyo condicionado. Así, la guerra psicológica combina actos de "acción cívica" (modalidad militar de la beneficencia pública) con operativos de gran violencia bélica, trato comprensivo a las personas tras su aprehensión imprevisto, ofertas dadivosas tras hostigamientos agotadores a los diversos grupos y sectores sociales. En todo momento, los ejecutores de la guerra psicológica asumen un comportamiento prepotente, que deja claro quién es el señor, quién da o quita, quién define y decide. La militarización de la vida cotidiana y de los principales espacios sociales contribuye a la omnipresencia del control prepotente y de la amenaza represiva. Ocasionalmente un acto de represión aterrorizante preavivará el sentimiento de miedo agudo en la población. De este modo se propicia un ambiente de inseguridad, imprevisible en sus consecuencias, que reclama de parte de las personas una sumisión completa a los dictados del poder.

Uno de los mecanismos de presión psicológica más comúnmente empleados en la tortura es el de hacer sentir a la persona que se encuentra sola, que sus familiares, amigos y compañeros le han abandonado, que ya nadie se preocupa por ella (ver Watson, 1978; Corominas y Farré, 1978; Peters, 1985). De manera análoga, uno de los métodos característicos de la guerra psicológica consiste en hacer sentir solos a los grupos y sectores que pueden representar un apoyo potencial al movimiento revolucionario. En El Salvador, se ha tratado de aislar mediante "cordones sanitarios" de todo tipo a aquellas poblaciones u organismos de quienes se sospecha que pueden ayudar o simplemente simpatizar con los insurgentes. Hay cercos y retenes que impiden a quienes viven en zonas conflictivas entrar o salir libremente de sus poblaciones, transportar víveres o medicinas y aun vivir y trabajar allí. Los miembros de organizaciones humanitarias son sistemáticamente hostigados, detenidos, interrogados y registrados, cuando no son amenazados y aprisionados, insultados y golpeados; públicamente se les acusa de servir de fachada e instrumento a los movimientos revolucionarios y se hace pender permanentemente sobre ellos la amenaza de peligro de su vida. Y cuando, como en el caso de los comités de madres, este hostigamiento permanente no basta para paralizarlos, se les

dinamita el local como un claro aviso de que pueden volverse a tomar medidas de mayor magnitud.

En este contexto de inseguridad, adquiere más fuerza la propaganda oficial con su insistente invitación a "incorporarse al proceso democrático", puesto que "ahora ya se puede expresar y canalizar públicamente la oposición". A través de una campaña omnipresente, los medios de comunicación masiva darán a conocer continuas deserciones, reales o presuntas, de militantes insurgentes junto a informaciones sobre los fracasos militares de la guerrilla y su recurso "desesperado" al terrorismo más rastrero, abonando así el sentimiento de inseguridad y abandono del simpatizante, es decir, su sentimiento de impotencia y de futilidad ante la lucha que, al parecer, no tiene porvenir ni sentido.

Tanto la guerra sucia como la guerra psicológica constituyen formas de negar la realidad. En el caso de la guerra sucia, el anonimato, la clandestinidad y la impunidad convierten a los "escuadrones de la muerte" en movimientos fantasmales, de los que incluso se teme hablar. Más aún, la desaparición de muchas de sus víctimas, sistemáticamente negadas por las instancias oficiales, que incluso hacen recaer sobre ellas la insinuación de que se han ido a la guerrilla,

vuelve a su existencia y su quehacer más irreal, más ajeno a las categorías de la realidad. En el caso de la guerra psicológica, la propia realidad cotidiana es negada como tal y redefinida por la propaganda oficial. Los continuos partes oficiales se convierten en la "realidad por más obvia que sea su distorsión de los hechos. Esta definición de la realidad desde el poder establecido, masivamente difundida por todos los medios de comunicación, acecha e invade la conciencia de las personas, que no pueden formalizar su percepción y vivencia de los acontecimientos, lo que les deja siempre en la incertidumbre de si no estarán equivocados (ver Martín-Baró, 1985).

En ese ambiente de mentira institucionalizada se produce una verdadera inversión orweliana de las palabras. Matar se vuelve un acto encomiable, mientras atender al necesitado se convierte en una acción subversiva; destruir hospitales es ensalzado como un servicio a la patria, mientras que proporcionar atención médica a las víctimas de la guerra es condenado como un quehacer terrorista; ignorar y aún alabar la violencia bélica es virtud cristiana o muestra de nacionalismo, pero denunciar los atropellos o condenar las violaciones a los derechos humanos llega a constituir una "instrumentalización de la fe cristiana" o manifestaciones propias de "malos salvadoreños".

Consecuencias psicosociales

No es posible establecer una distinción total entre las consecuencias de la guerra militar y las consecuencias de la guerra paralela, ya sea la sucia o la psicológica, puesto que se trata de dos dimensiones complementarias de un mismo proceso. Con todo, aquí nos limitaremos al impacto de la guerra en la población civil, no combatiente, que es la que por principio se orienta principalmente la guerra paralela.

Sin duda la primera consecuencia la constituye la propia eliminación o anulación física de las personas. El asesinato y el aprisionamiento, la desaparición y la tortura siguen siendo prácticas relativamente comunes en El Salvador, y el hecho de que su cantidad haya disminuido significativamente con respecto a los años de 1981-1982 no quiere decir ni mucho menos que hayan desaparecido o que se hayan reducido a niveles cuantitativos y cualitativos "tolerables" (ver Americas Watch, 1986).

Junto a las lesiones corporales están las marcas psicológicas, tanto las causadas por hechos particulares traumáticos, como las generadas por el ambiente permanente de hostigamiento e inseguridad. Según Guillermo Mártir (1986), la guerra ha producido un significativo incre-

mento de hasta el 20% de las enfermedades psicosomáticas entre los pacientes del Instituto Salvadoreño del Seguro Social. En una reciente encuesta realizada por el IUDOP (1987), un cien por ciento de la población adulta urbana salvadoreña indicaba que las enfermedades más frecuentes entre los miembros de su familia eran las nerviosas; angustia, tensión, "nervios", etc. Es muy probable que este porcentaje sea todavía mayor en las áreas rurales, sobre todo en las sometidas más directamente al accionar bélico y a las operaciones de guerra psicológica, como parece probar el estudio de Mártir.

Una consecuencia psicosocial muy seria de la guerra paralela, tanto de la sucia como de la psicológica, lo constituye el bloqueo al desarrollo de un tipo de identidad personal que asume una opción política revolucionaria y aún simplemente contraria al sistema establecido como horizonte vital. Las personas se ven directamente agredidas en su carácter de sujetos políticos (Lira, Weinstein y Salamovich, 1985-6) lo que, en muchos casos, constituye el eje que articula su proyecto de vida. Ceder a la agresión representa una fuente de frustración existencial y de autodevaluación, mientras que resistir a ella supone arriesgar la propia vida y la de su familia. Como señalan Lira, Weinstein y Salamovich, la guerra psicológica propicia la de-

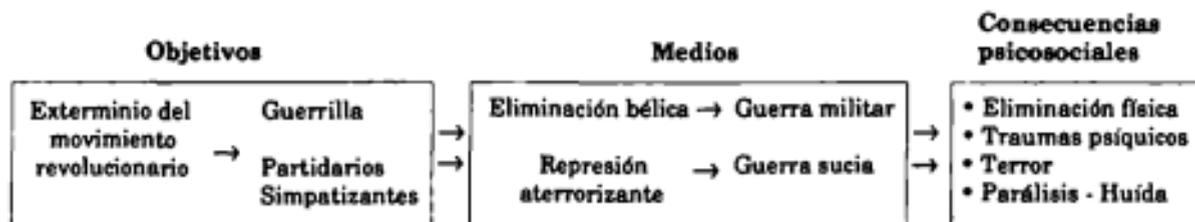
spolitización intencional de las personas. No se trata, entonces, de una indiferencia política de las masas o de un presunto carácter pasivo de los latinoamericanos, sino de una forzosa inhibición de sus opciones político-sociales.

El conflicto ético-político que confrontan las personas, sobre todo en la medida en que sus actos involucran la vida de terceros (la familia y/u otros) termina frecuentemente con la huida del país (ver Aron, 1987). En algunos casos esta huida es desencadenada por algún hecho aparentemente trivial o relativamente menor, en términos objetivos, sobre todo si se le compara con otras circunstancias vividas por la misma persona con anterioridad; pero, en lo general, se trata de "la gota que desborda el vaso" del aguante de la persona, que siente que su resistencia psicológica se desmorona.

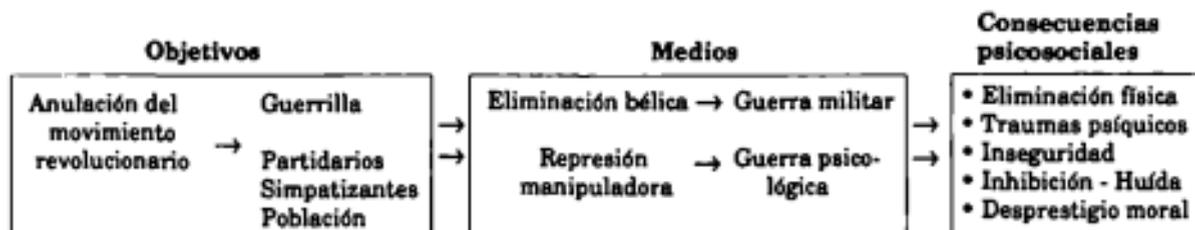
Una consecuencia colectiva muy importante la constituye la devaluación de la lucha por la justicia y el desprestigio moral de quienes asumen las causas revolucionarias. La mentira institucionalizada logra manchar los ideales y comportamientos revolucionarios, vinculándolos a motivaciones sórdidas o relacionándolos con desempeños inmorales. La construcción de un mundo simbólico de carácter orwelliano no deja de afectar así la concien-

Figura 1
Dos modalidades de "guerra paralela"

"La guerra sucia"



"La guerra psicológica"



cia colectiva y el horizonte histórico de los pueblos.

La figura 1 presenta esquemáticamente el paralelismo entre la guerra sucia y la guerra psicológica como dos modalidades de la guerra paralela".

Reflexiones finales

Si nuestra tesis es válida y la guerra psicológica representa una modalidad de la misma guerra sucia adaptada a la nueva fase de la guerra civil en El Salvador, se siguen algunas conclusiones importantes para la comprensión y tratamiento de los problemas de la salud mental de los refugiados salvadoreños.

1. Aún cuando cuantitativa y cualitativamente la violación a los derechos humanos mediante la represión política haya disminuido en El Salvador, esto no quiere decir que no existan condiciones políticas en el país que obligan a muchas personas a buscar refugio en el extranjero. En este sentido, creemos que tan erróneo es afirmar que en El Salvador nada ha cambiado al respecto entre 1981 y el momento actual, como mantener que hoy día sólo las circunstancias económicas justifican la migración de los salvadoreños hacia otro país. Resulta entonces esencial analizar las nuevas modalidades de la guerra paralela y precisar en qué medida la guerra psico-

lógica puede estar produciendo resultados psicosociales tan deletéreos como los de la guerra sucia y, por tanto, forzando a la huida. Además, esta reflexión tiene tanta importancia para enfrentar los problemas de los que huyen como para los de aquellos que, voluntaria o forzosamente, vuelven al país.

2. Resulta crucial enfatizar la necesaria dimensión colectiva y, por tanto, política de la salud mental (Martín-Baró, 1984). Como muy bien indica Eugenia Weinstein (1987, pág. 38), un daño socialmente causado sólo puede ser socialmente reparado. No se puede pensar, entonces, que los problemas de los refugiados son adecuadamente solubles mediante la psicoterapia, ya sea individual o grupal. Los problemas de los refugiados requieren una verdadera "socioterapia", en el sentido apuntado por Adrienne Aron (1987, págs. 17-18) de una reconstrucción social de su vida y la de su propia comunidad, desgarradas por la represión y la guerra.

3. Una última reflexión concierne a la responsabilidad ética de los psicólogos. Se sabe que algunos profesionales cooperan, con mejor o peor conciencia a la realización de la guerra psicológica. Cabe preguntarse si no ha llegado el momento no sólo de clarificar el carácter ético de esta cooperación sino de contrarrestar

la guerra psicológica con una campaña masiva en favor de una auténtica paz (ver Departamento, 1986), y ello como parte esencial de esa "socioterapia" necesaria al país.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Aguilera, Gabriel (1986). La contrainsurgencia rural en Guatemala. En CRIES, *Centroamérica: la guerra de baja intensidad ¿Hacia la prolongación del conflicto o preparación para la invasión?* Cuadernos de pensamiento Propio. Managua: CRIES.
- Americas Watch (1986). *Convirtiéndose en una rutina. El abuso de los derechos humanos en el segundo año de Duarte*. New York: Americas Watch.
- Aron, Adrianne (1987). Problemas psicológicos de los refugiados salvadoreños en California. *Boletín de Psicología (UCA, San Salvador)*, 23, 7-20.
- Barry, Deborah (1986). Los conflictos de baja intensidad: Reto para los Estados Unidos en el Tercer Mundo (El caso de Centroamérica). En CRIES, *Centroamérica: la guerra de baja intensidad. ¿Hacia la prolongación del conflicto o preparación para la invasión?* Cuadernos de pensamiento Propio. Managua: CRIES.
- Barry, Deborah, Castro, Rodolfo y Vergara, Raúl (1987). *La guerra total: la nueva ideología contrainsurgente en Centroamérica*. Cuadernos de Pensamiento Propio. Managua: CRIES.
- Castro Orellana, José Rodolfo (1986). El plan de contrainsurgencia norteamericano para El Salvador y los cambios en las fuerzas armadas gubernamentales. *Centroamérica: la guerra de baja intensidad. ¿Hacia la prolongación del conflicto o preparación para la invasión?* Cuadernos de Pensamiento Propio. Managua: CRIES.
- Corominas, Josep & Farré, Josep María (Eds.) (1978). *Contra la tortura*. Barcelona: Fontanella.
- CUDI (Centro Universitario de Documentación e Información (1980-1983). *El Salvador. Proceso. Informativo semanal. Posim*.
- Chalatenango: degollados en operativos contrainsurgentes (1987). *Cartas a las Iglesias desde El Salvador*, 142, junio 16-30, 1987, 13-16.
- Departamento de Psicología y Educación (1986). *Psicología, diálogo y paz en El Salvador. Estudios Centroamericanos (ECA)*, 454-455, 711-719.
- IDHUCA (Instituto de Derechos Humanos) (1987). *Los derechos humanos en El Salvador*. IDHUCA, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, mayo.
- IUDOP (Instituto Universitario de Opinión Pública) (1987). *Informe preliminar sobre las opiniones de la población urbana acerca de la situación del sistema de salud en El Salvador*. San Salvador: IUDOP, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, junio.
- Kunz, Egon F. (1981). Exile and resettlement: refugee theory. *International Migration Review* 53/54, 42-61.
- Lira, Elizabeth, Weinstein, Eugenia y Salamovich, Sofía (1985-1986). El miedo: un enfoque psicoanalítico. *Revista chilena de psicología, VIII*, 51-66.
- Martín-Baró, Ignacio (1984). Guerra y salud mental. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 429-430, 503-514.
- Martín-Baró, Ignacio (1985). La encuesta de opinión pública como instrumento desideologizador. *Cuadernos de psicología (Universidad del Valle, Cali)*, 7, 1-2, 93-108.
- Mártir, José Guillermo (1986). Guerra civil e incremento de enfermedades psicósomáticas en El Salvador en los años 1981-1984 tomando como muestra a los asegurados del Instituto Salvadoreño del Seguro Social (ISSS). *Boletín de Psicología (UCA, San Salvador)*, 21, 151-160.
- Peters, Edward (1985). *Torture*. New York: Basil Blackwell.
- Stein, Barry N. (1981). The refugee experience: defining the parameters of a field of study. *International Migration Review*, 53/54, 320-330.
- Volkogonov, Dmitri (1986). *Guerra Psicológica*. Traducción de J. Bogdan y E.

Cherniavski). Moscow: Progreso.
Watson, Peter (1978). *War on the Mind: The military Uses and Abuses of Psychology*. New York: Basic Books.
Weinstein, Eugenia (1987). Problemática

psicológica del retorno del exilio en Chile. Algunas orientaciones psicoterapéuticas. *Boletín de Psicología* (UCA, San Salvador), 23, 21-38.